

Cómo citar este trabajo: Soares Silveira, Miquel (2026). Amor infraestructural y ayuda mutua trans en España: afectos, cuidado y lucha contra el pánico anti-género. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, 16, pp: 1-18. <https://doi.org/10.46661/relies.13015>

Amor infraestructural y ayuda mutua trans en España: afectos, cuidado y lucha contra el pánico anti-género

Infrastructural love and trans mutual aid in spain: affects, care, and the
struggle against antigender panic

Miguel Soares Silveira

Universidad de Barcelona

miguels.silveira@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-3848-806X>

Recepción: 03.02.2026

Aceptación: 02.05.2026

Publicación: 04.05.2026



Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

Resumen

Este artículo propone el concepto de *amor infraestructural* para analizar un conjunto de prácticas afectivas y materiales que sostienen la vida trans en contextos de precariedad y pánico antigénero en España. Frente a la reducción del amor a una emoción privada o a un recurso moral despolitizado, el texto lo conceptualiza como una infraestructura social y epistemopolítica que organiza condiciones concretas de supervivencia, habitabilidad y credibilidad. En diálogo con el giro afectivo, los feminismos del cuidado y la teoría crítica trans, el artículo examina cómo redes de ayuda mutua trans producen formas de sostén que exceden el paradigma liberal de derechos. A partir de un análisis cualitativo de prácticas desarrolladas entre 2019 y 2025 —incluyendo grupos de apoyo, cajas de resistencia, campañas de financiación colectiva y archivos comunitarios— se muestra cómo el amor se institucionaliza “desde abajo” como respuesta a la insuficiencia o retirada del Estado. Estas prácticas no solo redistribuyen recursos materiales, sino que organizan acompañamiento cotidiano, protección colectiva y producción de credibilidad social en contextos de deslegitimación estructural. El artículo sostiene que el amor opera como infraestructura cuando articula circuitos de redistribución, memoria afectiva y estrategias de disputa epistemopolítica frente a regímenes de veridicción que cuestionan la existencia trans. En este sentido, el amor no es un ideal normativo, sino un campo de lucha material y simbólica donde se decide qué vidas son sostenidas, creídas y consideradas dignas de existir.

Palabras clave: amor infraestructural; ayuda mutua; activismo trans; cuidado; veridicción.

Abstract

This article advances the concept of *infrastructural love* to theorize a set of affective and material practices that sustain trans life in contexts of precarity and anti-gender panic in Spain. Rather than treating love as a private emotion or depoliticized moral value, it is conceptualized as a social and epistemopolitical infrastructure that organizes concrete conditions of survival, habitability, and credibility. Engaging with affect theory, feminist care frameworks, and critical trans studies, the article examines how trans mutual aid networks generate forms of support that exceed the liberal paradigm of rights. Drawing on a qualitative analysis of practices developed between 2019 and 2025—including support groups, resistance funds, crowdfunding campaigns, and community archives—the article shows how love becomes institutionalized “from below” in response to the insufficiency or withdrawal of the state. These practices not only redistribute material resources but also produce everyday accompaniment, collective protection, and social credibility in contexts where trans lives are systematically questioned. The article argues that love operates as infrastructure when it organizes circuits of redistribution, affective memory, and epistemopolitical contestation against regimes of veridiction that demand coherence and proof to recognize gendered existence. Within this framework, love is not a normative ideal but a material and symbolic battleground where decisions are made about which lives are sustained, believed, and allowed to exist.

Key words: infrastructural love; mutual aid; trans activism; care; veridiction.

1 Introducción

En la España contemporánea, el conflicto en torno al género ha dejado de circunscribirse a debates técnicos sobre políticas de igualdad o reconocimiento jurídico para convertirse en un eje central de disputa cultural, moral y epistemológica. La proliferación de discursos antigénero —articulados desde partidos políticos, plataformas mediáticas, asociaciones “cívicas” y sectores académicos conservadores— ha producido una narrativa en la que el género aparece como una amenaza difusa al orden social, a la infancia, a la nación y a la “verdad”. En este marco, las existencias trans no son simplemente objeto de desacuerdo político, sino blanco de una operación más profunda de deslegitimación ontológica: se cuestiona su inteligibilidad, su credibilidad y, en última instancia, su derecho a ser sostenidas como vidas vivibles.

Este desplazamiento es crucial. No se trata únicamente de una reacción conservadora frente a avances normativos, sino de una ofensiva que opera en el plano de lo que puede ser considerado real. El género deviene así un significante fantasmático, capaz de condensar miedos morales, ansiedades autoritarias y estrategias de movilización política. Bajo esta lógica, las personas trans aparecen como cuerpos excesivos, sospechosos o ideológicos, cuya palabra es sistemáticamente puesta en duda y cuya existencia es presentada como producto de manipulación, error o amenaza. La consecuencia no es solo simbólica: esta deslegitimación se traduce en violencia material, precarización, aislamiento y exposición diferencial al daño.

Frente a este escenario, buena parte de la producción académica ha respondido privilegiando el análisis jurídico-institucional: leyes de reconocimiento, marcos de derechos, políticas públicas y disputas parlamentarias. Sin restar importancia a estos enfoques, este artículo sostiene que resultan insuficientes para comprender cómo se sostiene efectivamente la vida trans en contextos marcados por la hostilidad cultural, la precariedad económica y la fragilidad de las garantías institucionales. Existe un conjunto de prácticas que rara vez ocupan el centro del análisis, pero que resultan decisivas para la supervivencia cotidiana: redes de ayuda mutua, espacios de apoyo emocional y material, circuitos informales de redistribución de recursos, archivos comunitarios de saberes y memorias, así como iniciativas solidarias que emergen frente a la censura o el veto institucional.

Este trabajo propone leer estas prácticas no como respuestas marginales o transitorias, sino como infraestructuras políticas. Más específicamente, sostiene que en el activismo trans contemporáneo en España el amor opera como infraestructura. Esta afirmación requiere una aclaración inmediata. El amor no es entendido aquí como sentimiento privado, vínculo romántico o valor moral abstracto, sino como un conjunto de prácticas afectivas y materiales que organizan la interdependencia en condiciones de precariedad estructural. El amor, en este sentido, no se opone a la política, sino que la atraviesa: distribuye recursos, produce protección, sostiene cuerpos, transmite saberes y disputa activamente los criterios sociales de credibilidad.

Nombrar estas prácticas como amor infraestructural implica un desplazamiento analítico deliberado. En lugar de pensar el afecto como suplemento ético o como dimensión secundaria de la acción política, el artículo propone situarlo en el corazón de la economía política del cuidado y de la epistemopolítica de la verdad. El amor infraestructural designa aquellas formas de cuidado colectivo que, lejos de limitarse a la empatía o al acompañamiento simbólico, se materializan en trabajo, tiempo, dinero, presencia y organización. Se trata de una tecnología social que permite la

reproducción de la vida allí donde el Estado y el mercado fallan, abandonan o directamente producen daño.

La elección del contexto español no es accidental. España constituye un caso paradigmático de coexistencia entre avances normativos en materia de reconocimiento legal y una creciente movilización antitrans que cuestiona la legitimidad misma de dichos avances. Al mismo tiempo, el territorio español cuenta con una larga tradición de autoorganización feminista, *queer* y transfeminista, en la que el cuidado, la ayuda mutua y la creación de redes comunitarias han sido históricamente centrales. En este cruce, las prácticas de amor infraestructural no pueden ser leídas como meros paliativos, sino como estrategias políticas *queer* que responden tanto a la precarización neoliberal del cuidado como a la ofensiva antigénero.

El objetivo de este artículo es doble. En primer lugar, desarrollar conceptualmente la noción de amor infraestructural como herramienta analítica para comprender el papel de los afectos y el cuidado en el activismo trans. En segundo lugar, analizar empíricamente prácticas situadas en el Estado español —grupos de apoyo mutuo, cajas de resistencia, iniciativas solidarias frente a vetos institucionales— para mostrar cómo el amor se organiza como redistribución material, protección colectiva, archivo afectivo y producción de credibilidad social. Al hacerlo, el texto busca contribuir a los debates contemporáneos sobre afectos, cuidado y política *queer* desde una perspectiva que rechaza la separación entre emoción y materialidad, entre ética y antagonismo, y entre reconocimiento simbólico y supervivencia cotidiana.

2 Marco teórico y posicionamiento analítico

El andamiaje teórico de este artículo se construye en el cruce de tres campos de discusión: los estudios críticos sobre los afectos, los feminismos del cuidado y las teorías contemporáneas del activismo trans. Este cruce no es meramente interdisciplinar, sino estratégico. Permite abordar el amor no como un objeto “blando” o residual, sino como una fuerza social capaz de organizar relaciones, producir valor y disputar poder.

Desde el giro afectivo, diversas autoras han subrayado que las emociones no son estados internos ni universales, sino prácticas relacionales que circulan socialmente y se adhieren a cuerpos, discursos e instituciones (Ahmed, 2004; Berlant, 2011; Sedgwick, 2003). Los afectos orientan a los sujetos hacia ciertos objetos y los alejan de otros, delimitan comunidades de pertenencia y producen fronteras morales (Ahmed, 2004). En este sentido, el amor no es inocente: puede funcionar como mecanismo de inclusión y, simultáneamente, como dispositivo de normatividad que define qué vínculos son legítimos y cuáles resultan abyectos (Berlant, 2011).

No obstante, una parte importante de esta literatura ha tendido a privilegiar el análisis simbólico del afecto, enfatizando su dimensión representacional sin explorar suficientemente su inscripción material. Frente a ello, los feminismos del cuidado han insistido en que cuidar no es una metáfora de la solidaridad, sino un conjunto de prácticas concretas que implican trabajo, tiempo, saberes situados y una distribución profundamente desigual de las cargas (Tronto, 1993; Federici, 2012; Fraser, 2016). El cuidado sostiene la vida, pero también revela las jerarquías sociales, de género y de clase que estructuran quién cuida, quién es cuidado y bajo qué condiciones (Tronto, 2013; Hirata, 2014).

La noción de amor infraestructural se inscribe en este debate, pero introduce un desplazamiento adicional. Pensar el amor como infraestructura implica analizarlo como un sistema relativamente estable de prácticas, relaciones y recursos que permiten la reproducción social de comunidades precarizadas. Al igual que otras infraestructuras, el amor infraestructural suele volverse visible solo cuando falla: cuando el cuidado se agota, cuando las redes colapsan o cuando la carga recae de

forma desproporcionada sobre ciertos cuerpos. Esta perspectiva permite evitar tanto la romantización del cuidado comunitario como su despolitización.

En el campo del activismo trans, este enfoque resulta especialmente productivo. Las vidas trans se encuentran atravesadas por múltiples formas de precariedad que no pueden ser resueltas únicamente a través del reconocimiento jurídico. Numerosos estudios han mostrado cómo los regímenes de reconocimiento liberal exigen coherencia, estabilidad y respetabilidad, produciendo nuevas exclusiones incluso en contextos de ampliación formal de derechos (Butler, 2004; Spade, 2015; Sabsay, 2016). La inclusión se vuelve condicional y selectiva, y quienes no encajan en los marcos normativos de inteligibilidad quedan expuestos a formas persistentes de violencia institucional y social (Butler, 2009; Rubin, 1984; Bento, 2014).

Aquí emerge una dimensión clave del análisis: la epistemopolítica de la credibilidad. Los conflictos en torno al género son, en gran medida, conflictos sobre verdad. ¿Quién es considerado sujeto fiable? ¿Qué relatos sobre el cuerpo, el deseo y la identidad son reconocidos como legítimos? ¿Qué experiencias son desestimadas como ideológicas, confusas o falsas? Los discursos antigénero operan precisamente produciendo una deslegitimación sistemática de la palabra trans, transformando el género en un objeto de sospecha permanente y erosionando la posibilidad misma de ser creído.

Desde esta perspectiva, el amor infraestructural no solo sostiene cuerpos, sino que produce contra-regímenes de veridicción. A través del acompañamiento, la escucha, el apoyo material y la memoria compartida, las redes trans generan formas de validación que no dependen de la autorización institucional. El acto de “creer” al otro, cuando se materializa en prácticas de cuidado y redistribución, se convierte en una afirmación ontológica: reconoce la existencia del otro como real, valiosa y digna de ser sostenida, incluso cuando el orden social insiste en negarla.

Este artículo adopta así un posicionamiento analítico explícitamente crítico frente a la privatización neoliberal del cuidado y frente a la reducción del amor a un registro moral o emocional. El amor infraestructural es entendido como una práctica política cuir que organiza la interdependencia en contextos de violencia estructural. No es una alternativa apaciguadora al conflicto, sino una forma de resistencia que permite la supervivencia y, al mismo tiempo, abre la posibilidad de imaginar otras formas de organización social.

3 Metodología y corpus: prácticas de amor infraestructural en el activismo trans en España

Este artículo adopta una estrategia metodológica cualitativa de carácter interpretativo, orientada a analizar prácticas sociales situadas que no pueden ser comprendidas adecuadamente a través de indicadores cuantitativos ni de modelos explicativos institucionalistas. El objetivo no es medir el impacto de políticas públicas ni evaluar la eficacia de programas estatales, sino reconstruir los modos en que el amor se organiza como infraestructura política en el activismo trans contemporáneo en el Estado español. Para ello, se articula un enfoque que combina análisis crítico del discurso, lectura socio-material de prácticas de cuidado y una aproximación etnográfica de baja intensidad basada en materiales públicos.

La delimitación temporal del corpus (2019–2025) responde a un doble criterio analítico. Por un lado, este período concentra una intensificación significativa de los discursos antigénero en el Estado español, así como una mayor visibilidad pública de los conflictos en torno a la legitimidad de las existencias trans. Por otro lado, coincide con una expansión y diversificación de prácticas de ayuda mutua y cuidado comunitario impulsadas desde el activismo trans, especialmente en el contexto de la pandemia de COVID-19 y sus efectos prolongados sobre la precarización social. Este recorte permite, así, captar tanto la intensificación del conflicto como la consolidación de infraestructuras

comunitarias de cuidado, ofreciendo un marco temporal adecuado para analizar la emergencia y estabilización del amor infraestructural como forma de organización política situada.

El corpus analizado está compuesto por un conjunto heterogéneo de fuentes producidas entre 2019 y 2025, seleccionadas por su relevancia para comprender cómo se materializa la ayuda mutua trans en contextos de precariedad y conflicto político. Estas fuentes incluyen convocatorias públicas de grupos de apoyo mutuo, manifiestos y comunicados de organizaciones trans, campañas de *crowdfunding* y cajas de resistencia, *dossiers* de proyectos transfeministas, notas de prensa sobre eventos solidarios y declaraciones institucionales vinculadas a vetos o controversias públicas en torno a iniciativas trans. Se trata, en todos los casos, de materiales de acceso público, producidos por actores colectivos implicados directamente en las prácticas analizadas.

La selección del corpus responde a un criterio teórico más que representativo. No se busca ofrecer un mapeo exhaustivo del activismo trans en España, sino identificar escenas analíticas que permitan iluminar el funcionamiento del amor infraestructural en distintas dimensiones: redistribución material, acompañamiento afectivo, producción de memoria y disputa de la credibilidad social. En este sentido, el artículo trabaja con una lógica de constelación: cada caso aporta un ángulo específico que, en conjunto, permite reconstruir un patrón más amplio de organización del cuidado y la interdependencia.

Desde el punto de vista analítico, el trabajo se sitúa en diálogo con la tradición del análisis crítico del discurso, entendiendo los textos y prácticas no solo como representaciones, sino como intervenciones materiales en el mundo social. Las convocatorias a grupos de apoyo, por ejemplo, no son leídas únicamente como enunciados descriptivos, sino como actos performativos que producen espacios de seguridad, delimitan comunidades de pertenencia y establecen protocolos de cuidado. De manera similar, las campañas de financiación colectiva son analizadas como dispositivos que traducen afecto en economía, solidaridad en infraestructura y urgencia vital en circuitos de redistribución.

Asimismo, el artículo adopta una perspectiva inspirada en la etnografía política y en los estudios del cuidado, que permite atender a la dimensión práctica y relacional de las iniciativas analizadas sin requerir una inmersión prolongada en campo. Esta aproximación resulta particularmente adecuada para estudiar redes de ayuda mutua, cuyo funcionamiento depende en gran medida de la confianza, la afinidad y la circulación informal de saberes, y que a menudo se resisten —con razón— a ser capturadas por dispositivos de investigación extractivistas.

Un elemento central de la metodología es la atención a la temporalidad. Las prácticas de amor infraestructural no se despliegan únicamente en momentos de crisis espectacularizada, sino que sostienen la vida en el tiempo largo de la precariedad cotidiana. Por ello, el análisis no se limita a eventos puntuales, sino que reconstruye continuidades, reiteraciones y acumulaciones: reuniones periódicas, fondos que se reactivan ante cada emergencia, archivos que crecen con cada experiencia compartida. Esta temporalidad permite comprender el amor no como respuesta espontánea, sino como trabajo sostenido.

Finalmente, es necesario explicitar una posición ética y política. Este artículo no adopta una pretendida neutralidad valorativa frente a las prácticas analizadas. Parte de un compromiso explícito con la vida trans y con la necesidad de producir conocimiento que no contribuya a la patologización, la vigilancia o la instrumentalización del activismo. En este sentido, la elección de materiales públicos, la ausencia de datos sensibles y la renuncia a la identificación individual responden a una ética de investigación situada, que reconoce la vulnerabilidad diferencial de los sujetos implicados y la responsabilidad del análisis académico en contextos de violencia epistémica.

4 La ayuda mutua trans como redistribución afectiva y material

La ayuda mutua constituye una de las expresiones más consistentes y políticamente densas del amor infraestructural en el activismo trans contemporáneo en España. Lejos de representar una forma residual de solidaridad informal o una respuesta excepcional ante situaciones de emergencia, la ayuda mutua se configura como una infraestructura social estable que articula redistribución material, producción de vínculos afectivos y crítica práctica a los límites del reconocimiento liberal. En este sentido, no puede ser comprendida adecuadamente si se la reduce a una ética de la solidaridad o a una modalidad alternativa de asistencia social; por el contrario, exige ser analizada como una tecnología política que interviene directamente en la economía de la supervivencia.

Desde una perspectiva histórica y teórica, la ayuda mutua ha sido conceptualizada como una práctica colectiva orientada a la reproducción de la vida en contextos de exclusión estructural, en oposición tanto a la caridad paternalista como a la dependencia exclusiva del Estado. En formulaciones contemporáneas, especialmente en contextos marcados por el neoliberalismo, la ayuda mutua se presenta como una respuesta organizada a la retirada de las garantías sociales y a la individualización del riesgo (Spade, 2020). En el caso del activismo trans, esta práctica adquiere una centralidad particular debido a la convergencia de múltiples formas de precariedad — económica, sanitaria, laboral y simbólica— que afectan de manera desproporcionada a estas poblaciones incluso en contextos de reconocimiento jurídico formal.

La ayuda mutua trans emerge, así, en el punto de fricción entre reconocimiento y redistribución. Como ha señalado Nancy Fraser (1995; 2007), las injusticias contemporáneas no pueden ser comprendidas únicamente en términos de falta de reconocimiento cultural o de mala distribución económica, sino como una articulación compleja de ambas dimensiones. En el contexto español, esta articulación se vuelve evidente cuando se observa que el reconocimiento legal de la identidad de género coexiste con tasas elevadas de desempleo, precariedad laboral y exclusión social de las personas trans. La ayuda mutua opera precisamente en esta brecha, no como sustituto del derecho, sino como respuesta material a su insuficiencia.

Uno de los dispositivos más extendidos de esta infraestructura son los grupos de apoyo mutuo trans, convocados regularmente por organizaciones comunitarias en distintas ciudades españolas. Aunque a primera vista estos espacios puedan ser interpretados como instancias de acompañamiento emocional, un análisis más atento revela su función infraestructural. Los grupos de apoyo no solo ofrecen contención afectiva, sino que producen redes de confianza, facilitan la circulación de información vital y actúan como nodos de activación de recursos materiales. En ellos se comparten conocimientos sobre procesos médicos, trámites administrativos, estrategias de afrontamiento de la violencia institucional y oportunidades laborales, configurando una pedagogía colectiva de la supervivencia.

En España, esta función infraestructural puede observarse con claridad en experiencias como los grupos de apoyo mutuo trans impulsados por entidades comunitarias en ciudades como Madrid y Barcelona. Iniciativas promovidas por organizaciones como *Apoyo Positivo* o *Transexualia* no se limitan a habilitar espacios de escucha, sino que sostienen una regularidad temporal, protocolos de confidencialidad y circuitos de acompañamiento que exceden el espacio grupal. A través de estas redes se activan acompañamientos a citas médicas, asesoramiento sobre trámites administrativos, derivaciones a recursos jurídicos y, en situaciones de urgencia, respuestas materiales coordinadas. El amor infraestructural se manifiesta aquí como presencia organizada y sostenida en el tiempo, condición necesaria para transformar el vínculo afectivo en capacidad colectiva de acción.

Desde la teoría del cuidado, estas prácticas pueden ser leídas como formas de trabajo reproductivo colectivo. Como han mostrado autoras feministas críticas, el cuidado no es una actividad espontánea ni privada, sino un conjunto de labores socialmente necesarias para la reproducción de

la vida, sistemáticamente desvalorizadas y desigualmente distribuidas (Tronto, 1993; Federici, 2012). En el caso de los grupos de apoyo mutuo trans, el cuidado se organiza fuera de los marcos familiares y estatales tradicionales, produciendo formas alternativas de parentesco y pertenencia. El amor, aquí, no se expresa como sentimiento individual, sino como práctica sostenida de presencia, escucha y responsabilidad compartida.

Esta presencia organizada constituye una forma específica de redistribución afectiva. Como señala Sara Ahmed (2004), los afectos no solo circulan entre cuerpos, sino que orientan a los sujetos hacia determinados objetos y relaciones, produciendo campos de pertenencia y exclusión. En los grupos de apoyo mutuo, el amor orienta hacia la comunidad como espacio de sostén frente al aislamiento y la desconfianza producidos por la transfobia social. Esta orientación afectiva es condición de posibilidad para la redistribución material: sin confianza, sin vínculo sostenido, la ayuda económica y logística difícilmente puede organizarse de forma estable.

La dimensión material de la ayuda mutua se vuelve particularmente visible en las cajas de resistencia y campañas de financiación colectiva impulsadas por colectivos trans y transfeministas en España. Estas iniciativas surgen para cubrir necesidades concretas que el mercado y el Estado no garantizan de manera suficiente: tratamientos médicos no cubiertos, desplazamientos a unidades especializadas, alojamiento de emergencia, costes legales derivados de denuncias por transfobia o sanciones administrativas. Al hacerlo, ponen de manifiesto una verdad estructural frecuentemente invisibilizada: la justicia, la salud y la seguridad tienen un coste económico que recae de forma desproporcionada sobre los cuerpos precarizados.

Un ejemplo significativo de esta redistribución desde abajo es la creación de cajas de resistencia LGTBIQ+ impulsadas en distintos territorios del Estado español, como la iniciativa promovida por jóvenes en Vitoria-Gasteiz¹ para cubrir gastos básicos de personas trans en situación de vulnerabilidad, incluyendo *binders*, desplazamientos a unidades de identidad de género y apoyo económico puntual. Estas prácticas hacen visible que la supervivencia trans no es una cuestión abstracta de derechos, sino una economía cotidiana atravesada por costes concretos que deben ser colectivamente asumidos. La iniciativa se presenta explícitamente como respuesta a una economía cotidiana de la supervivencia trans y se apoya en redes locales de educación de calle y observatorios contra la LGTBIQ+fobia, evidenciando cómo la redistribución afectiva se traduce en infraestructura material sostenida.

Esta lógica redistributiva se extiende también al terreno jurídico. La solidaridad económica se organiza como infraestructura de acceso a la justicia mediante campañas de financiación colectiva orientadas al litigio estratégico. Organizaciones trans de ámbito estatal, como la *Plataforma Trans*, han impulsado recaudaciones públicas destinadas a sostener acciones jurídicas y recursos administrativos frente a decisiones consideradas transfóbicas, explicitando que la defensa de derechos exige recursos económicos, tiempo y capacidad legal que exceden la posibilidad individual.

¹ Conviene señalar que la iniciativa referida no corresponde a una organización formalizada ni a un proyecto institucionalizado con personalidad jurídica propia, sino a una caja de resistencia LGTBIQ+ autogestionada, impulsada por un grupo de jóvenes en Vitoria-Gasteiz como respuesta directa a necesidades materiales concretas de personas trans en situación de vulnerabilidad. Esta ausencia de institucionalización no constituye una limitación analítica, sino un rasgo central de su carácter como práctica de ayuda mutua, basada en la redistribución directa, la confianza comunitaria y la ausencia de mediación burocrática. La información sobre esta experiencia procede de una cobertura periodística cualificada, utilizada aquí como fuente empírica para el análisis de prácticas sociales contemporáneas, de acuerdo con enfoques cualitativos que reconocen el valor de materiales públicos en el estudio del activismo y la economía política del cuidado. Véase: *El País* (2025), "Un grupo de adolescentes impulsa una caja de resistencia LGTBIQ+ en Vitoria-Gasteiz", sección España / País Vasco, disponible en <https://elpais.com/espana/2025-10-22/un-grupo-de-adolescentes-impulsa-una-caja-de-resistencia-lgtbiq-en-vitoria.html>.

Estas campañas convierten la solidaridad en una infraestructura jurídica colectiva, desindividualizando el riesgo y politizando el coste material del acceso a la justicia.

Desde una perspectiva de economía política, estas prácticas pueden ser entendidas como formas de redistribución desde abajo que desafían la lógica meritocrática del neoliberalismo. En lugar de atribuir la precariedad a fallos individuales, las cajas de resistencia la nombran como efecto estructural y la abordan colectivamente. En este sentido, la ayuda mutua no solo redistribuye recursos, sino que produce un marco interpretativo alternativo desde el cual leer la desigualdad. El amor infraestructural actúa aquí como un principio organizativo que legitima la redistribución no en nombre de la caridad, sino de la interdependencia.

Esta interdependencia cuestiona directamente el ideal neoliberal de autosuficiencia. Como ha argumentado Judith Butler, la vulnerabilidad no es una condición excepcional, sino una dimensión constitutiva de la vida social que es desigualmente distribuida y gestionada políticamente (Butler, 2004; Butler, 2015). La ayuda mutua trans politiza esta vulnerabilidad al transformarla en base para la acción colectiva. Reconocer la necesidad del otro no implica debilidad, sino la posibilidad de construir infraestructuras que sostengan la vida frente a la precarización sistemática.

En el contexto español, estas prácticas adquieren una relevancia adicional frente a la ofensiva antigénero. Los discursos que presentan a las personas trans como sujetos “privilegiados” o “protegidos” por el Estado entran en contradicción directa con la materialidad que las cajas de resistencia y campañas solidarias hacen visible. La necesidad de recaudar fondos para cubrir gastos básicos revela el carácter profundamente desigual de las condiciones de vida trans y desmonta la narrativa de una supuesta sobreprotección institucional. En este sentido, la ayuda mutua funciona también como dispositivo de denuncia política.

Esta dimensión se refuerza en campañas de financiación colectiva impulsadas por organizaciones trans de ámbito estatal para sostener litigios estratégicos y responder a episodios de transfobia institucional. Plataformas como la *Plataforma Trans*, así como organizaciones vinculadas a infancias y juventudes trans, han recurrido de manera recurrente a iniciativas de micromecenazgo para financiar defensa jurídica, cubrir costes administrativos y garantizar la continuidad de proyectos frente a vetos institucionales y campañas de hostigamiento. Estas prácticas articulan la solidaridad económica como una infraestructura de acceso a la justicia, poniendo de manifiesto que la defensa de derechos no depende únicamente del reconocimiento normativo, sino de recursos materiales, redes de apoyo y capacidades colectivas que exceden ampliamente la posibilidad individual (Spade, 2015; Butler, 2009; Fraser, 2016).

No obstante, una lectura crítica de la ayuda mutua exige atender a sus tensiones internas. Como han advertido diversas autoras feministas, el énfasis en el cuidado comunitario puede derivar en la sobrecarga de ciertos cuerpos y en la reproducción de desigualdades internas si no se problematiza la distribución del trabajo de cuidado (Tronto, 2013; Fraser, 2016). En el activismo trans, estas tensiones se manifiestan cuando las mismas personas —frecuentemente mujeres trans, personas racializadas o migrantes— asumen de manera reiterada las tareas de acompañamiento, gestión y contención emocional.

Lejos de invalidar la ayuda mutua, estas tensiones forman parte de su politicidad. Los propios colectivos desarrollan estrategias para colectivizar responsabilidades, rotar tareas y establecer límites al cuidado, reconociendo que el amor infraestructural requiere organización para no convertirse en sacrificio individual. Esta reflexividad interna distingue la ayuda mutua de la caridad y refuerza su carácter político: cuidar no es solo dar, sino también crear condiciones para que el cuidado sea sostenible.

Desde una perspectiva más amplia, la ayuda mutua trans puede ser leída como una crítica práctica a los límites del reconocimiento liberal. Mientras que el derecho tiende a operar sobre sujetos abstractos y descontextualizados, la ayuda mutua se dirige a cuerpos situados, con necesidades concretas y urgentes. No espera a que la vida sea reconocida para ser sostenida; la sostiene para que pueda existir. En este sentido, el amor infraestructural subvierte la temporalidad del reconocimiento, priorizando la supervivencia frente a la legitimidad institucional.

Esta inversión temporal resulta clave para comprender la potencia política de la ayuda mutua en contextos de pánico antigénero. Cuando el reconocimiento se vuelve frágil, condicional o reversible, la infraestructura comunitaria permite amortiguar los efectos materiales de la exclusión y mantener abiertas las posibilidades de vida. La ayuda mutua no elimina la violencia estructural, pero produce márgenes de habitabilidad en su interior. Las respuestas comunitarias a vetos institucionales de iniciativas dirigidas a infancias trans —como la reorganización de eventos solidarios, galas y campañas de recaudación tras la retirada de apoyo municipal— muestran cómo la ayuda mutua se activa simultáneamente como redistribución económica y como afirmación pública de legitimidad. En estos casos, el amor infraestructural no solo sostiene proyectos concretos, sino que produce evidencia social de existencia frente a la narrativa de amenaza promovida por el pánico antigénero.

Como señala Dean Spade (2020), estas prácticas no deben ser idealizadas como soluciones finales, sino entendidas como herramientas necesarias para sobrevivir mientras se lucha por transformaciones estructurales más amplias. En síntesis, la ayuda mutua trans en España constituye una forma central de amor infraestructural que articula redistribución afectiva y material, politización de la vulnerabilidad y crítica práctica al neoliberalismo y al reconocimiento liberal. A través de grupos de apoyo, cajas de resistencia y circuitos de solidaridad económica, el activismo trans organiza la interdependencia como estrategia de supervivencia y resistencia. Lejos de ser un residuo prepolítico, estas prácticas configuran uno de los núcleos más robustos del activismo cuir contemporáneo, revelando que el amor, cuando se organiza colectivamente, es una infraestructura indispensable para sostener la vida en contextos de precariedad y hostilidad.

5 Cartografía situada del amor infraestructural: prácticas trans de ayuda mutua en el Estado español (2019–2025)

Con el fin de materializar empíricamente el concepto de amor infraestructural y cumplir con el alcance metodológico propuesto, esta sección desarrolla una cartografía situada de prácticas trans de ayuda mutua desplegadas en distintos territorios del Estado español entre 2019 y 2025. Más que ofrecer un inventario exhaustivo, el análisis se centra en casos paradigmáticos que permiten observar cómo el cuidado, la redistribución material y la producción comunitaria de credibilidad se organizan en contextos marcados por precariedad estructural, conflictividad política y retirada —o bloqueo— institucional. En conjunto, estas experiencias muestran que la ayuda mutua trans no se concentra en un eje urbano específico, sino que emerge de forma distribuida allí donde las condiciones de vida se vuelven más inestables y el reconocimiento liberal resulta insuficiente o abiertamente hostil (Spade, 2015; Fraser, 2016).

Un primer conjunto de prácticas se articula en torno a la redistribución directa de recursos materiales como respuesta a necesidades inmediatas de supervivencia. En Vitoria-Gasteiz, por ejemplo y como ya antes mencionada, un grupo de adolescentes y jóvenes impulsó una caja de resistencia LGTBQ+ autogestionada destinada a cubrir gastos básicos de personas trans en situación de vulnerabilidad. La iniciativa, organizada al margen de estructuras asociativas formales, se financió mediante la venta comunitaria de camisetas y pequeñas donaciones, orientando los fondos a la adquisición de *binders*, al pago de desplazamientos a unidades de identidad de género fuera del municipio y a apoyos económicos puntuales. Lejos de presentarse como asistencia, esta práctica se

enuncia explícitamente como redistribución colectiva basada en cercanía, confianza y urgencia compartida. El caso ilustra con claridad cómo el amor infraestructural opera como traducción directa del afecto en economía, evidenciando que la supervivencia trans se sostiene en circuitos materiales que el Estado no garantiza de manera sistemática (Federici, 2012; Spade, 2020).

Junto a estas formas de redistribución, el amor infraestructural adopta la forma de archivo afectivo y orientación vital, especialmente visible en el contexto catalán. En Barcelona, espacios comunitarios como *Espai Trans* —un dispositivo autogestionado vinculado a redes transfeministas locales que organiza encuentros periódicos, talleres y espacios de acompañamiento— y redes transfeministas locales han producido y difundido guías prácticas comunitarias, generalmente en formato digital y de circulación informal, destinadas a acompañar a personas trans en la navegación de la sanidad pública, los trámites administrativos y la gestión cotidiana de situaciones de transfobia institucional. Estos materiales detallan qué esperar de consultas médicas, cómo responder ante negativas o tratos discriminatorios y qué recursos comunitarios activar en situaciones de crisis. Más que transmitir información abstracta, estas guías funcionan como mapas de supervivencia, orientando la acción y reduciendo la exposición al riesgo institucional.

De forma complementaria, iniciativas como *Espai Transfamilia* han producido compilaciones de experiencias y relatos colectivos que operan explícitamente como archivos afectivos. En estos documentos, el miedo, la incertidumbre y la vulnerabilidad se elaboran narrativamente, permitiendo que la experiencia individual se transforme en saber compartido y en pedagogía interna. En ambos casos, el archivo no conserva el pasado como memoria estática, sino que organiza el presente, produciendo continuidad comunitaria y credibilidad colectiva frente a contextos de incertidumbre administrativa y sanitaria (Cvetkovich, 2003; Stoler, 2009).

En la Comunidad de Madrid, estas infraestructuras afectivas se apoyan en organizaciones con una larga trayectoria de acompañamiento. Asociaciones históricas como *Transexualia* han acumulado durante décadas *dossiers* informativos, guías jurídicas y materiales de orientación administrativa utilizados en procesos de apoyo individual y colectivo. Estos documentos preparan a las personas trans antes de enfrentar instituciones, permiten reconocer patrones recurrentes de exclusión y funcionan como memoria organizada de la violencia administrativa. El archivo se activa como tecnología de protección: no solo informa, sino que anticipa, previene y reduce el desgaste emocional asociado a la exposición institucional reiterada (Ahmed, 2004; Tronto, 2013).

La dimensión redistributiva del amor infraestructural se extiende asimismo al terreno jurídico, donde la solidaridad económica se convierte en infraestructura de acceso a la justicia. En Andalucía, organizaciones trans de ámbito estatal como la *Federación Plataforma Trans* han impulsado campañas públicas de financiación colectiva orientadas a sostener recursos contencioso-administrativos frente a decisiones institucionales consideradas transfóbicas. Estas campañas enuncian de forma explícita que la defensa de derechos exige recursos económicos, tiempo y capacidad jurídica, desmontando la ficción liberal de un acceso neutral y universal a la justicia. Aquí, el *crowdfunding* no opera como mecanismo caritativo, sino como forma de desindividualizar el riesgo jurídico y politizar el coste material de la defensa de derechos (Spade, 2015; Butler, 2009).

En la Comunidad Valenciana, el amor infraestructural se activa de manera especialmente visible en escenarios de censura y veto institucional. La reorganización comunitaria de una gala solidaria en apoyo a la infancia trans en Elche, inicialmente vetada por el ayuntamiento, constituye un ejemplo paradigmático. Frente a la retirada del espacio municipal, colectivos y asociaciones reubicaron el evento, activaron mecanismos de donación alternativa —como la “fila cero”— y destinaron los fondos recaudados a organizaciones de familias trans como Chrysallis. Este episodio muestra cómo, ante el bloqueo institucional, la comunidad recompone rápidamente circuitos materiales y

simbólicos para sostener proyectos y afirmar públicamente su legitimidad, transformando el conflicto en infraestructura de cuidado y visibilidad (Fraser, 2016; Butler, 2024).

A escala estatal, organizaciones como *Chrysalis* —asociación de familias de menores trans con presencia en diversas comunidades autónomas— y *Fundación Daniela* —organización con sede en Madrid centrada en el acompañamiento de menores y jóvenes trans y sus familias— han producido manifiestos, comunicados públicos y campañas de sensibilización frente a la transfobia institucional, así como iniciativas de recaudación destinadas a sostener su trabajo de acompañamiento. Estos materiales cumplen una doble función: por un lado, documentan episodios de violencia y exclusión; por otro, producen credibilidad colectiva, articulando relatos que disputan la narrativa del pánico antigénero y afirman la legitimidad de las vidas trans y de sus familias. En este sentido, el amor infraestructural opera también como tecnología epistemopolítica, interviniendo en los regímenes de veridicción que determinan qué vidas son creíbles, protegibles y dignas de cuidado (Fricker, 2007; Butler, 2009).

Además, en el Estado español existen asimismo dispositivos de acogida y cuidado material que operan como formas de amor infraestructural en contextos de exclusión. La Fundación *Eddy-G* gestiona el *Hogar Eddy*, un espacio de alojamiento y apoyo integral para jóvenes LGBTIQ+ en situación de vulnerabilidad, ofreciendo abrigo y acompañamiento social a personas expulsadas de sus hogares o en riesgo de exclusión social. De manera similar, en Barcelona, la *Arrels Fundación* abrió un espacio de acogida dirigido a mujeres, mujeres trans y personas no binarias que han vivido o viven en situación de calle, proporcionando un entorno seguro y comunitario donde compartir experiencias y cubrir necesidades básicas. Estos ejemplos muestran cómo la ayuda mutua no se limita a circulaciones de información o recursos puntuales, sino que se traduce en lugares de vida que sostienen cuerpos y vínculos afectivos frente a la precariedad estructural.

Consideradas en conjunto, estas experiencias permiten identificar patrones infraestructurales transversales. La ayuda mutua trans se activa allí donde el Estado es ausente, insuficiente o directamente hostil; adopta formatos materiales concretos —cajas de resistencia, guías comunitarias, archivos afectivos, campañas de *crowdfunding*, eventos solidarios— que traducen el afecto en infraestructura; y produce no solo redistribución económica, sino orientación vital, memoria colectiva y capacidad de respuesta frente a la violencia institucional. El amor infraestructural aparece así como una estrategia situada de supervivencia y resistencia, distribuida territorialmente y sostenida por redes comunitarias que hacen posible la vida allí donde el reconocimiento liberal se revela frágil, condicional o reversible.

6 Archivo afectivo, cuidado y veridicción: el amor como infraestructura epistemopolítica frente al pánico antigénero

El uso del concepto de archivo afectivo en este artículo responde a la necesidad de nombrar y analizar un conjunto de materiales y prácticas que no encajan adecuadamente en nociones archivísticas convencionales y que resultan centrales para comprender la politicidad del amor infraestructural en el activismo trans contemporáneo. Las guías comunitarias, *dossiers* transfeministas, relatos de experiencia y materiales pedagógicos producidos por redes trans no funcionan como repositorios destinados a preservar el pasado, sino como dispositivos vivos de orientación, cuidado y producción de sentido en el presente. Siguiendo a Ann Cvetkovich (2003), el archivo afectivo permite comprender cómo el afecto se inscribe materialmente en formas de memoria colectiva que sostienen la vida en contextos de violencia y precariedad.

En este sentido, si la ayuda mutua permite analizar cómo el amor se organiza como infraestructura material de supervivencia, el archivo afectivo revela su dimensión epistemopolítica: las luchas trans no se desarrollan únicamente en el plano de la redistribución de recursos o del acceso a derechos,

sino también —y de forma decisiva— en el terreno de la verdad. En el contexto del pánico antigénero, lo que se disputa no es solo qué derechos deben ser reconocidos, sino quién puede ser considerado un sujeto creíble, qué relatos sobre el cuerpo y la experiencia merecen estatuto de verdad y qué vidas resultan legibles como reales. En este marco, los archivos afectivos no solo documentan experiencias, sino que organizan la supervivencia cotidiana, producen credibilidad comunitaria y disputan los regímenes de veridicción que ponen en duda la inteligibilidad misma de las existencias trans, constituyéndose así en una infraestructura epistemopolítica central del amor infraestructural.

Desde una perspectiva foucaultiana, esta disputa puede ser entendida como una lucha por los regímenes de veridicción, es decir, por los dispositivos sociales que determinan qué enunciados cuentan como verdaderos, quién está autorizado a enunciarlos y bajo qué condiciones (Foucault, 1975; Foucault, 1980). En el caso de las personas trans, estos regímenes operan de forma particularmente restrictiva, exigiendo pruebas constantes de coherencia, estabilidad y autenticidad. La experiencia vivida es sistemáticamente puesta en duda y sometida a filtros médicos, jurídicos y mediáticos que convierten la existencia trans en un objeto permanente de evaluación.

Los discursos antigénero intensifican este proceso al desplazar el conflicto desde el terreno normativo hacia el terreno ontológico. Judith Butler (2024) ha descrito este fenómeno como una fantasmagorización del género, en la que “género” funciona como un significante vacío capaz de condensar miedos morales, ansiedades políticas y narrativas conspirativas sin necesidad de remitirse a experiencias concretas. En este marco, las personas trans no aparecen como sujetos situados, sino como efectos de una supuesta ideología, lo que permite deslegitimar de antemano su palabra y su experiencia.

Desde la teoría crítica feminista, este proceso puede ser leído como una forma específica de injusticia epistémica. Como han señalado Fraser (2007) y Fricker (2007), las desigualdades contemporáneas incluyen no solo la mala distribución de recursos y el mal reconocimiento cultural, sino también la desautorización sistemática de ciertos sujetos como portadores legítimos de conocimiento sobre sí mismos. En el caso trans, esta desautorización se traduce en una sospecha estructural que atraviesa ámbitos tan diversos como la atención sanitaria, el sistema educativo, la justicia y el debate público.

Es precisamente en este punto donde el archivo afectivo emerge como una infraestructura política central. Lejos de ser un repositorio pasivo de memoria, el archivo constituye una tecnología de poder que decide qué vidas merecen ser recordadas, bajo qué categorías y con qué efectos políticos (Stoler, 2009). En el activismo trans, los archivos comunitarios —guías, testimonios, repositorios digitales, memorias colectivas— funcionan como dispositivos de producción de verdad situados que disputan la autoridad exclusiva de las instituciones para definir lo real.

Como ha mostrado Ann Cvetkovich (2003), los archivos de afecto no solo preservan experiencias traumáticas, sino que producen formas de reparación colectiva al permitir que el dolor sea compartido, narrado y politizado. En el contexto trans, esta función es particularmente relevante debido a la combinación de violencia estructural, aislamiento social y borramiento histórico que atraviesa estas vidas. Archivar no es aquí un gesto retrospectivo, sino una práctica orientada a la supervivencia y a la continuidad.

En el Estado español, estas prácticas archivísticas adoptan formas concretas y profundamente situadas en la vida cotidiana de las comunidades trans. En ciudades como Barcelona y Madrid, colectivos y asociaciones comunitarias han producido guías prácticas, dossiers y materiales pedagógicos que funcionan como archivos afectivos en uso. En Barcelona, espacios como *Espai Trans* y redes transfeministas locales elaboran y distribuyen guías comunitarias —frecuentemente en formato digital y de circulación informal— que orientan a las personas trans en el acceso a la

sanidad pública, anticipan situaciones de violencia institucional y mapean circuitos de apoyo mutuo. En Madrid, asociaciones históricas como *Transexualia* y organizaciones como *Apoyo Positivo* (ya antes mencionadas) han acumulado y puesto en circulación documentación basada en décadas de acompañamiento, utilizada para preparar a las personas trans antes de enfrentar instituciones, reconocer patrones recurrentes de exclusión y reducir la incertidumbre administrativa.

Además, puede ser observada, también, en guías públicas de recursos que compilan circuitos de atención, asociaciones y espacios comunitarios, como la “Guía de recursos per a persones trans de la ciutat de Barcelona”, que funciona como cartografía práctica de acceso, apoyo y acompañamiento. Por otro lado, se expresa en archivos afectivos en sentido estricto, como compilaciones de experiencias y relatos producidas por redes de familias trans, donde la narración compartida opera como tecnología de acompañamiento, transmisión intergeneracional y elaboración colectiva del miedo, la incertidumbre y la agencia.

Estos materiales no se limitan a transmitir información: producen pedagogías internas que transforman la experiencia compartida en orientación práctica, convirtiendo el archivo afectivo en una infraestructura de orientación vital que permite navegar contextos hostiles y sostener la vida en el presente (Cvetkovich, 2003; Stoler, 2009).

Desde una perspectiva analítica, estas prácticas pueden ser entendidas como formas de veridicción afectiva. El acto de registrar, compartir y legitimar experiencias trans produce efectos de verdad que no dependen de la validación estatal o médica. Como señala Sara Ahmed (2004), los afectos orientan a los sujetos en el mundo, definiendo qué es reconocible y qué es inteligible. El amor, cuando se organiza como archivo, orienta hacia la existencia trans como vida digna de ser creída y sostenida.

Esta dimensión se vuelve particularmente visible en la respuesta comunitaria a la censura y al veto institucional. En España, diversos episodios recientes de bloqueo de iniciativas dirigidas a infancias trans —ya sea mediante la retirada de espacios municipales, la presión política o la estigmatización mediática— han generado respuestas colectivas que combinan memoria, afecto y redistribución material. La reorganización de eventos solidarios, la producción de comunicados públicos y la circulación de archivos digitales de denuncia no solo buscan garantizar la continuidad de proyectos concretos, sino producir evidencia social de existencia frente a la narrativa de amenaza promovida por el pánico antigénero.

Estos actos de archivo no son neutrales. Al documentar vetos, agresiones discursivas y prácticas de exclusión, las redes trans producen contra-narrativas que desafían la legitimidad del discurso dominante. Desde una lectura foucaultiana, se trata de una intervención directa en el campo de la verdad: el archivo afectivo no se limita a preservar memoria, sino que disputa activamente los criterios de credibilidad social (Foucault, 1976). En este sentido, el amor infraestructural opera como una tecnología epistemopolítica que desestabiliza la autoridad exclusiva del Estado y de los expertos para definir lo real.

La dimensión temporal del archivo resulta aquí fundamental. Frente a un orden social que niega futuridades trans —presentando estas vidas como errores, modas pasajeras o amenazas—, el archivo afectivo insiste en la duración. Transmitir genealogías, documentar estrategias de supervivencia y nombrar a quienes han resistido antes es una forma de disputar la temporalidad hegemónica que condena a las personas trans a la excepcionalidad o a la desaparición. Como argumenta Elizabeth Freeman (2010), las temporalidades *queer* permiten imaginar continuidades alternativas que desbordan los ritmos normativos de la vida social.

En este sentido, el archivo afectivo no solo mira al pasado, sino que organiza el futuro. Al producir continuidad, el amor infraestructural crea condiciones para que las vidas trans no dependan

exclusivamente del reconocimiento institucional para persistir. Esta función resulta particularmente relevante en contextos donde los derechos se vuelven frágiles, reversibles o condicionales. El archivo afectivo actúa entonces como una reserva de sentido y de legitimidad que permite sostener la vida incluso cuando el marco jurídico se retrae.

No obstante, una lectura crítica del archivo afectivo exige reconocer sus tensiones. La producción de memoria puede generar disputas internas sobre representación, jerarquías de voz y criterios de legitimidad. Como advierte Stoler (2009), todo archivo es un campo de poder. En el activismo trans, estas tensiones se manifiestan en debates sobre quién archiva, qué se archiva y desde qué posiciones. Lejos de invalidar el archivo afectivo, estas disputas revelan su carácter profundamente político y su inserción en relaciones sociales concretas.

En conjunto, el archivo afectivo constituye una dimensión central del amor infraestructural en el activismo trans en España. Al articular memoria, afecto y producción de verdad, estas prácticas disputan los regímenes de veridicción que sostienen el pánico antigénero y producen condiciones de posibilidad para la persistencia de la vida. El amor, cuando se organiza como archivo, no es un gesto nostálgico ni meramente simbólico, sino una infraestructura epistemopolítica que permite sostener la existencia trans frente a la deslegitimación, la precarización y la violencia estructural.

7 Conclusiones: el amor infraestructural como estrategia política cuir en el Estado español

Este artículo ha sostenido que el amor, lejos de constituir un residuo sentimental o una dimensión privada de la vida social, opera como una infraestructura política central en el activismo trans contemporáneo en el Estado español. A través del análisis de prácticas de ayuda mutua, redistribución material, archivo afectivo y producción comunitaria de verdad, se ha mostrado que el amor no solo acompaña la lucha política, sino que la hace posible en condiciones de precariedad estructural y pánico antigénero. Nombrar estas prácticas como amor infraestructural ha permitido desplazar el análisis desde el reconocimiento formal hacia las condiciones materiales, afectivas y epistemopolíticas que sostienen la vida.

Una primera contribución del artículo consiste en haber situado la ayuda mutua trans más allá de los marcos morales de la solidaridad o la caridad. Al analizarla como infraestructura social estable, se ha evidenciado que la redistribución afectiva y material constituye una respuesta política organizada a la insuficiencia del reconocimiento liberal. En el contexto español, donde los avances normativos conviven con altas tasas de precariedad y con una creciente ofensiva antitrans, la ayuda mutua emerge como una tecnología de supervivencia que permite sostener cuerpos, proyectos y comunidades incluso cuando las garantías institucionales se revelan frágiles, condicionales o reversibles (Fraser, 1995; Spade, 2020).

En segundo lugar, el artículo ha mostrado que el amor infraestructural no se limita a la redistribución económica, sino que interviene directamente en el campo de la verdad. A través de archivos afectivos, pedagogías comunitarias y prácticas de acompañamiento, el activismo trans produce contra-regímenes de veridicción que disputan la autoridad exclusiva de las instituciones para definir lo real. Frente a la fantasmagorización del género promovida por los discursos antigénero, estas prácticas afirman la existencia trans como vida vivible, creíble y digna de ser sostenida (Butler, 2024; Foucault, 1976). El gesto comunitario de “creer” no opera aquí como una simple actitud moral, sino como una práctica material que tiene efectos directos sobre la posibilidad de vivir.

Este desplazamiento permite repensar la relación entre afecto y política desde una perspectiva cuir. Lejos de oponer emoción y racionalidad, el análisis ha mostrado que toda racionalidad política se sostiene sobre economías afectivas específicas (Ahmed, 2004). El amor infraestructural no neutraliza el conflicto ni busca la conciliación, sino que organiza la interdependencia como

estrategia de resistencia frente a la precarización neoliberal y la violencia epistémica. En este sentido, el amor no aparece como una alternativa apolítica al antagonismo, sino como una forma situada de enfrentarlo.

Otra aportación relevante del artículo radica en la atención a la temporalidad. Las prácticas analizadas no se activan únicamente en momentos de crisis espectacularizada, sino que sostienen la vida en el tiempo largo de la precariedad cotidiana. La ayuda mutua, el archivo afectivo y la producción comunitaria de saberes permiten construir continuidades allí donde el orden social insiste en negar futuridades trans. Al hacerlo, estas infraestructuras producen lo que Freeman (2010) denomina temporalidades *queer*: formas de duración que desbordan los ritmos normativos de la vida social y abren posibilidades de persistencia más allá del reconocimiento inmediato.

Al mismo tiempo, el análisis ha evitado una idealización del cuidado comunitario. Siguiendo a Tronto (2013) y Federici (2012), se ha subrayado que el amor infraestructural es ambivalente: sostiene, pero también puede agotar; protege, pero puede reproducir desigualdades internas si no se organiza colectivamente. Reconocer estas tensiones no debilita la potencia política del amor infraestructural, sino que permite comprenderlo como un campo de lucha atravesado por relaciones de poder, jerarquías internas y disputas por la distribución del trabajo de cuidado. La reflexividad interna de los colectivos trans en España —en torno a la rotación de tareas, los límites al cuidado y la politización del agotamiento— constituye, en sí misma, una dimensión central de su politicidad.

Desde una perspectiva más amplia, este artículo contribuye a los debates contemporáneos sobre política *queer/ cuir* al proponer una lectura materialista y epistemopolítica del amor. Frente a enfoques que reducen el amor a una categoría ética o a una retórica de inclusión, se ha argumentado que el amor, cuando se organiza como infraestructura, actúa como una tecnología social capaz de sostener la vida y disputar los marcos que deciden quién merece ser protegido, recordado y creído. En el contexto del conservacionismo, esta función adquiere una urgencia particular: amar se convierte en una práctica de resistencia frente a la deshumanización y la borradura.

Finalmente, el énfasis en el caso español no debe ser leído como una excepción, sino como una escena situada que permite iluminar dinámicas más amplias. Las prácticas analizadas dialogan con experiencias trans y transfeministas en otros contextos, donde el amor infraestructural emerge como respuesta a la convergencia de precarización neoliberal, violencia epistémica y ofensivas reaccionarias. En este sentido, el concepto propuesto puede ser movilizado comparativamente para analizar otras geografías del activismo trans contemporáneo, sin perder de vista la especificidad de cada contexto.

En conclusión, el amor infraestructural no es un suplemento emocional de la política *cuir*, sino una de sus condiciones de posibilidad. Al sostener cuerpos, producir comunidad y disputar los regímenes de verdad, el amor se revela como una estrategia política central frente a la precarización y el pánico antigénero. Pensar el activismo trans desde esta clave no solo permite comprender mejor cómo se sostiene la vida en el presente, sino también imaginar formas de organización social en las que el cuidado, la interdependencia y la credibilidad no sean privilegios, sino condiciones compartidas de existencia.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. Edinburgh University Press.
- Ahmed, S. (2017). *Living a Feminist Life*. Duke University Press.
- Bento, B. (2014). *A reinvenção do corpo: sexualidade e gênero na experiência transexual*. Garamond.
- Bento, B., & Pelúcio, L. (2012). Despatologização do gênero: a politización das identidades abjetas. *Estudos Feministas*, 20(2), 559–568.
- Berlant, L. (2011). *Cruel Optimism*. Duke University Press.
- Butler, J. (2004). *Undoing Gender*. Routledge.
- Butler, J. (2009). *Frames of War: When Is Life Grievable?* Verso.
- Butler, J. (2015). *Notes Toward a Performative Theory of Assembly*. Harvard University Press.
- Butler, J. (2024). *Who's Afraid of Gender?* Farrar, Straus and Giroux.
- Cvetkovich, A. (2003). *An Archive of Feelings: Trauma, Sexuality, and Lesbian Public Cultures*. Duke University Press.
- Falquet, J. (2017). *Pax neoliberalia: perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia*. Madreselva.
- Federici, S. (2012). *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*. PM Press.
- Federici, S. (2017). *Caliban and the Witch*. Autonomedia.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad, vol. I: La voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1980). *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings*. Pantheon.
- Fraser, N. (1995). From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in a 'Post-Socialist' Age. *New Left Review*, (212), 68–93.
- Fraser, N. (2007). *Justice Interruptus: Critical Reflections on the 'Postsocialist' Condition*. Routledge.
- Fraser, N. (2016). Contradictions of Capital and Care. *New Left Review*, (100), 99–117.
- Freeman, E. (2010). *Time Binds: Queer Temporalities, Queer Histories*. Duke University Press.
- Fricker, M. (2007). *Epistemic Injustice: Power and the Ethics of Knowing*. Oxford University Press.
- García Granero, M. (2021). Transfeminismo, cuidados y resistencias comunitarias. *Revista de Estudios Feministas*, 29(3), 1–18.
- Hirata, H. (2014). *Gênero, classe e raça: interseccionalidade e consubstancialidade das relações sociais*. Boitempo.
- Lugones, M. (2007). Heterosexualism and the Colonial / Modern Gender System. *Hypatia*, 22(1), 186–209.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.
- Moreno, A. (2022). Pánico moral y discurso anti-género en España. *Revista Española de Sociología*, 31(4), 1–20.
- Preciado, P. B. (2013). *Testo Junkie*. The Feminist Press.
- Preciado, P. B. (2019). *Un apartamento en Urano*. Anagrama.
- Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*
<https://doi.org/10.46661/relies.13015>

- Rubin, G. (1984). Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality. En C. Vance (Ed.), *Pleasure and Danger* (pp. 267–319). Routledge.
- Sabsay, L. (2016). *The Political Imaginary of Sexual Freedom*. Palgrave Macmillan.
- Sedgwick, E. K. (2003). *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*. Duke University Press.
- Spade, D. (2015). *Normal Life: Administrative Violence, Critical Trans Politics*. Duke University Press.
- Spade, D. (2020). *Mutual Aid: Building Solidarity During This Crisis (and the Next)*. Verso.
- Stoler, A. L. (2009). *Along the Archival Grain*. Princeton University Press.
- Tronto, J. (1993). *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*. Routledge.
- Tronto, J. (2013). *Caring Democracy: Markets, Equality, and Justice*. NYU Press.
- Vaittinen, T. (2015). The Power of the Vulnerable Body. *International Feminist Journal of Politics*, 17(1), 100–118.
- Weeks, J. (2007). *The World We Have Won*. Routledge.
- Wittig, M., & Zeig, S. (1981). *Brouillon pour un dictionnaire des amantes*. Grasset.